

el 54% del total, con el respectivo impacto en las políticas fiscales y económicas necesarias para fomentar el crecimiento.

Se les ha agotado también la recurrente crítica al neoliberalismo. Ya no lo mencionan tanto porque siguen utilizando los instrumentos y los programas que esa corriente ideológica de la economía mexicana les dejó como herencia: los tratados comerciales y una nueva relación con el mundo ante la globalización, lo que disparó las exportaciones de México y creó nuevas condiciones en la relación comercial con nuestros principales socios.

En la política interna sigue el estancamiento por la falta de diálogo con las oposiciones. En casi nueve años en el gobierno, la 4T no se ha reunido con las oposiciones para discutir la agenda nacional como lo hicieron los gobiernos de 1934 al 2018 al buscar un México para todos y no para una sola corriente política. Las oposiciones sólo han recibido ataques, descalificaciones y culpas que han ido desde las consabidas copias de que “están moralmente derrotadas” hasta acusarlas de ser “traidores a la patria” por no apoyar sus proyectos y por hacer, a cada rato, señalamientos sobre la ineptitud oficial para enfrentar las crisis. Ante la crisis en la relación con los Estados Unidos, no existen condiciones para que desde la 4T se llame a la unidad nacional o a cerrar filas para despertar un sentimiento nacionalista de la diversidad como apoyo al gobierno.

Los apoyos realmente sólo han salido de sus filas, con pocas declaraciones y muchos desplegados, y estos han rayado en la tibieza y en la confusión, sin claridad alguna.

Pocas han sido las ocasiones en que los gobiernos mexicanos se han visto en la necesidad de convocar a la unidad nacional ante una crisis determinada, casi siempre externa. La



expropiación petrolera del presidente Lázaro Cárdenas, el llamado de unidad del presidente Manuel Ávila Camacho ante la participación de México en la Segunda Guerra Mundial y la solidaridad de México con la revolución cubana del

presidente Adolfo López Mateos han sido las últimas.

Aquellos presidentes extendieron el diálogo y sumaron a la diversidad política a las causas convocadas; dialogaban con las oposiciones y convencían a los principales actores

del poder para legitimar sus decisiones y propuestas. Ahora eso no se hace.

Estamos ante una tensa relación con la primera potencia mundial y su presidente. Tenemos una agenda complicada de problemas comunes y muchos pendientes. Se requiere una verdadera visión de estadista —y no de partido— para manejar esta crisis.

Se les agotó también la afirmación de “no robar, no traicionar y no mentir” (Segalmex, “La Barredora”, alcaldes detenidos por asociación delictuosa, etcétera). Se les esfumó la llevada y traída “revolución de las conciencias” por falta de ideas específicas y ya casi nadie se acuerda del “nuevo humanismo mexicano”.

Todo eso no pasó de ser meros recursos retóricos para aparentar un cambio en las concepciones ideológicas, mientras en la realidad se desarrollaban conflictos por el poder, altos niveles de corrupción y oportunismo de cuadros aliados que, por un tiempo, les dieron sensación de unidad.

¿Qué va a pasar? Nadie lo sabe. De la falsa tesis de “estar en el lado correcto de la historia”, como presumen, a enfrentar nuevas realidades con otros instrumentos y mecanismos de poder, quizá haya iniciado ya el proceso de decadencia de un movimiento-partido que presumió mucho de lo que no era, se burló y marginó a muchos y ha polarizado políticamente al país, lo que ahora, ante las nuevas realidades, le dificulta convocar a la unidad nacional y sólo le quedan —ya disminuidos políticamente— los suyos.

Qué dilema.

**\* Presidente de la Fundación Colosio. Correo: bulmarop@gmail.com**